

condicionar al instrumento en sí, de hecho significa más bien un reconocimiento por parte de los sociólogos mismos de las limitaciones reales de su instrumento analítico; y en vez de condenar el instrumento a la inercia, optan por la salida de intentar inyectar cierto sentido viviente. Pero, a fin de cuentas, reconocen seguramente que el agregarle un concepto condicionante al instrumento analítico, no significa la resolución de las contradicciones sistémicas, inclusive estas nuevas denominaciones descriptivas a veces oscurecen las contradicciones mismas. De hecho, estos nuevos términos reflejan la incomprensión y confusión —si no desesperación— que existe alrededor de estas contradicciones y sus manifestaciones superficiales a nivel de las relaciones sociales.

C. W. Johnson G. C.

John O'Neill, *Sociology as a Skin Trade: Essays Towards a Reflexive Sociology*, Nueva York, Harper Torch Books, 1972, 274 pp.

La obra de John O'Neill, *Sociology as a Skin Trade: Essays Towards a Reflexive Sociology*, aparentemente representa como indica su título un esfuerzo por estudiar y crear una sociología reflexiva. Un primer intento en esta dirección fue planteado por A. W. Gouldner, *The Coming Crisis of Western Sociology*; sin embargo, O'Neill no sigue el pensamiento de Gouldner en este aspecto. Este trabajo de O'Neil, hecho a base de recopilaciones de varios artículos y ensayos suyos, redactados entre 1966 y 1972, de hecho viene a ser un potpourri de estudios aislados, y no un estudio acabado y estructurado por encontrar los fundamentos o bases para una sociología reflexiva.

Este breve trabajo abarca una gama de temas, que van desde una revisión poco sistemática de los principa-

les pensadores en las ciencias sociales, económicas y políticas, hasta discusiones críticas acerca de conceptos tales como la violencia, el lenguaje, la política, la acción, la mitología entre varios otros. Este procedimiento muestra una ambición desencadenada por parte de O'Neill de asentar todo su pensamiento alrededor de las grandes polémicas actualmente discutidas en la sociología política. La carencia de un sistema coherentemente analítico para atacar la temática escogida por O'Neill deja al lector en un mundo de opiniones y aseveraciones que confunden más que aclaran.

O'Neill, desde el inicio de su trabajo, advierte al lector que tratará el tema de la sociología con un lenguaje accesible y poco técnico. Sin embargo, sus deseos aparte, O'Neill entra en el terreno del lenguaje complejo y especializado de su campo, cayendo así en el mismo error que anteriormente condenaba; cae en una especie de comunicación represiva; reprime sus propias ideas, al querer abarcar demasiado precozmente ideas que no tiene bien estructuradas.

En un primer término, podríamos decir que la obra de O'Neill en realidad no apunta hacia la construcción de los conceptos fundamentales de una sociología reflexiva. Sino, al contrario, su obra en realidad consiste en muchos o varios trabajos críticos que él ha redactado a través de varios años, trabajos sumamente críticos, pero sin que aporten ideas suyas, concretas alrededor de los mismos temas que trata. Esto es más observable cuando vemos en la tercera parte del libro que él advierte al lector que allí intentará asentar ideas propias, ya que en las dos primeras partes del libro son estrictamente críticas. A pesar, una vez más, de los propios deseos del autor, los artículos contenidos en la tercera y cuarta partes del libro tampoco aportan ideas nuevas o positivas, sino que siguen el hilo crítico establecido en

la primera mitad del libro. De ahí se destaca que O'Neill plantea una tarea que no corresponde al propio título adoptado para su obra.

De modo que percibimos que la sociología supuestamente reflexiva de O'Neill, más bien cae en aquella tradición de contrasociología, basada en contradicciones y contraargumentaciones, donde sus tesis estriban en una crítica carente de aportaciones propias expresadas en ideas o hipótesis centrales para el desarrollo mismo de su concepto de sociología reflexiva. Es sólo en este sentido que se puede entender el subtítulo de su obra, ya que al final de su estudio rechaza la sociología reflexiva de Gouldner e, inclusive, habla sobre los límites reales de la posibilidad de una sociología reflexiva. ¿No que íbamos *hacia* una sociología reflexiva?

Todo ello está revestido de demasiadas metáforas, recargado de una imaginación superflua casi incomprensible, que resulta poco legible, inclusive, y demasiado complejo para un lector no especializado en la materia. Esto se comprende más cuando vemos que sus escritos contienen mil y una referencia a los grandes pensadores en las ciencias sociales y, si el lector no está entrenado en la lectura de sus obras, entonces los conceptos que desea transmitir O'Neill quedan vagos y hasta confusos aún para el especialista.

Este trabajo de O'Neill se asemeja a las deformaciones más recientes en relación a discusiones académicas que giran alrededor de polémicas casi anacrónicas de la sociología y su tradición. Sus planteamientos salen fuera del mundo real, de las relaciones sociales, inclusive, a veces de la propia sociedad civil. Son discusiones complejas, hechas así por él mismo; reflejan lo peor de la tradición crítica en el pensamiento académico. Así resultan ser críticas estériles donde la crítica misma abre paso para llamar la atención al lector de que algo nuevo

va a ocurrir y aprenderse. Sin embargo, los puntos y planteamientos criticados al inicio de la obra, de repente son dejados a un lado, sin una elaboración estructurada y, caen en una especie de decepción para el mismo lector. De modo que, O'Neill muchas veces refuta las ideas criticadas de una manera aceptable, pero cuando surge la necesidad de aclarar hacia dónde va la crítica, abandona al lector con sólo el amargo sabor de la discordancia y disensión. Un ejemplo magnífico de este procedimiento algo sofisticado, lo encontramos en donde O'Neill afirma textualmente: "nuestros tiempos están caracterizados por un marxismo de hecho y documentación que está en peligro de ser un pasatiempo revolucionario, si no acaso una contribución a la estructura contrarrevolucionaria de la comunicación represiva que garantiza el éxito de la crítica radical". (O'Neill, p. 237.) Con esta idea O'Neill, nos parece, debería haber comenzado su obra; con esta hipótesis perspicaz y aguda de la realidad de la sociología académica occidental, O'Neill podría haber comenzado con un estudio de las posibilidades de una sociología reflexiva, o, mejor aún, con el comienzo del fin de la sociología misma.

La obra de O'Neill resulta de esta manera, un ejemplo del fetichismo que se ha creado alrededor de la propia sociología académica. O'Neill busca reificar la sociología a tal grado que casi la concibe como algo fuera de la sociedad aunque de vez en cuando siente la necesidad de afirmar que la sociología es tan sólo el producto de la sociedad en que se mueve. Esto lo percatamos mejor cuando vemos que O'Neill siente la necesidad de mostrar que la sociedad es más rica que la sociología. (O'Neill, p. 10.) ¡Vaya conclusión! Aquí tenemos un buen ejemplo de las deformaciones más infantiles de lo que ha sido la sociología académica occidental: el hacer de su disciplina algo más allá de

lo que es en realidad. La sociología, aquella disciplina que estudia la sociedad, producto de la sociedad capitalista misma, al ser discutida, estudiada y argumentada por O'Neill, el autor se embriaga con su propia realidad restringida y, siente la necesidad de advertir al lector que su instrumento analítico, la sociología, no es tan omnipotente como él mismo lo iba imaginando. Aquí es fácil de comprender y percatarse quién es el engañado en este caso.

Esta misma manera de concebir a la sociología, e inclusive, de plantearla sugestivamente como algo más allá del propio objeto de estudio, la transpone O'Neill al cambio de la sociedad misma. O'Neill encuentra la necesidad de ver a la revolución cultural como algo que sólo los poetas y los artistas pueden lograr, ya que no se le puede cargar sólo a los marxistas y a los científicos sociales. (O'Neill, p. 56.) Nos preguntamos si esto acaso no es más que una muestra adicional del fetichismo hecho por O'Neill de la sociología, ahora en relación al sociólogo y al marxista: el prejuicio de fondo es que O'Neill piensa que son estos por sí solos los que pueden lograr la revolución cultural.

Lo que estamos observando es otro caso en donde los sociólogos dejan de estudiar la realidad de las relaciones sociales y comienzan por estudiar la realidad restringida de su propia disciplina en que trabajan, tomando a ésta como la realidad de toda la sociedad civil a veces. En vez de estudiar a la sociedad, hablan de sociología reflexiva, sociología radical, sociología militante, sociología marxista, entre varios otros términos igualmente seductores para el lector descuidado. La disciplina, para ellos, en vez de ser el instrumento interpretativo, se convierte en la realidad misma. Lo más importante de estos señalamientos nuestros es que debemos estar conscientes de esta deformación que es el estudio llamado la sociología de la sociología

(o sea, sociología reflexiva), donde se concibe de hecho el estudio de una parte de la realidad.

Finalmente, los comienzos de una así llamada sociología reflexiva, si es que aceptáramos esta idea, estriba en la necesidad de estudiar la realidad misma de la sociedad capitalista. El estudio de sus síntomas, o sea de una de sus manifestaciones, como lo puede ser la sociología, arroja discusiones o bien demasiado académicas como las de O'Neill o bien demasiado filosóficas o valoristas como las de A. W. Gouldner. No existe tanto la necesidad de una sociología reflexiva, como dicen O'Neill y Gouldner, sino que se requiere suplir sociología de la sociología por el estudio dialéctico de la sociedad y las relaciones sociales. De ahí que no existen varias ni muchas sociologías, con sus distintos calificativos, sino que existe tan sólo un campo de estudio: las relaciones sociales. Y esto se hace en términos no de resolución de conflictos, sino en términos de revolución y cambio.

C. W. Johnson G. C.

Nguyên van Chiên: "La Démocratie en Afrique". *Cahiers Zierois d'Etudes Politiques et Sociales*. Presses Universitaires du Zaïre. Avril, 1973.

Nguyên muestra que, en la actualidad es imposible establecer en tierra africana una "democracia a la occidental"; pero, también, demuestra en forma convincente, que los países africanos no han renunciado por ello al ideal democrático si bien la solución que han adoptado de momento puede parecerles a muchos riesgosa, proclive al autoritarismo... La enseñanza es, en último término, mucho más amplia de lo que el autor pretende, para África y para lo político: lo que distintos pueblos de